

LOS SAPRONOS

A black and white photograph of a person with large antlers standing in a forest. The person is seen from behind, standing on a path that leads into a dense, wooded area. The antlers are large and dark, contrasting with the lighter background of the trees. The overall mood is mysterious and surreal.

PABLO CARNICERO
DE LA CÁMARA

LOS SAPRONOS

PABLO CARNICERO DE LA CÁMARA

@PABLO CARNICERO. TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

CORRECCIÓN DEL TEXTO A CARGO DE [NEFTALÍ LAMOLDA](#).

ESTÁ PROHIBIDA LA DISTRIBUCIÓN Y LA REPRODUCCIÓN TOTAL Y PARCIALMENTE DE LA OBRA SIN EL EXPRESO CONSENTIMIENTO DEL AUTOR.

CUALQUIER PARECIDO CON LA REALIDAD ES MERA COINCIDENCIA.

ÍNDICE

- 1
- 2
- 3
- 4

Caminaba a mayor velocidad a medida que las formas se hacían más visibles. Eran siluetas alargadas con aspecto humanoide que se recortaban entre el espeso manto de niebla que se había formado a su alrededor, como invocado por un ser maligno. Respiraba con agitación y el viejo corazón le latía con fuerza. Sentía una sed implacable, pero no era capaz de encontrar el camino de regreso al pueblo. Ellos lo perseguían y ansiaban su sangre como la de las víctimas del ganadero. Eran ellos, lo sabía. Al final, aquellas grotescas criaturas se habían materializado para darle caza después de un largo mes tratando de seguirles la pista. Las hayas encorvaban las ramas como si de gigantescos seres de patas como troncos se trataran, y los dibujos de las copas parecían observarle con miradas malignas. Oyó el sonido de pies arrastrándose a su alrededor y volvió a distinguir entre la espesura una nueva figura; en ese caso, encorvada como un ser grotesco extraído del recuerdo de los antiguos lugareños. Era Pascal, el ermitaño que invocaba a sus lacayos, conocidos como Los Saproños.

Se detuvo y trató de poner en orden sus pensamientos. Aquello parecía una locura. Los Saproños y Pascal eran leyendas, cuentos narrados por los ancianos durante las noches de invierno tratando de asustar a los jóvenes. Él no creía en seres sobrenaturales, y por ese motivo había acudido hasta aquel pueblo alejado. Sabía que existía una historia detrás de aquellos acontecimientos.

El crujido de una rama volvió a acelerar el ritmo de su corazón, y una nueva figura volvió a recortarse entre la niebla: un ser humanoide de aspecto alargado y coronado por dos afilados cuernos. Sus ojos parecían brasas incandescentes y sus brazos eran similares a tentáculos que se agitaban a su alrededor.

El viejo profirió un alarido de pánico y volvió a correr entre la abrupta espesura. Debía regresar a casa y alejarse de aquella locura, pero la neblina pareció aclararse frente a él y descubrió, más aterrado aún, que el terreno había desaparecido. Sus pies resbalaron, arrastrados por la pendiente, y agitó los brazos tratando de recuperar el equilibrio.

Ya no hubo nada. Flotaba entre las sombras de aquella garganta que había estudiado durante la mañana y trataba de apartar las imágenes de su alrededor como si fueran fantasmas abisales. Luego, escuchó un chasquido y sintió un frío abrasador. La imagen de su nieta acudió de pronto, como si deseara despedirse de ella, pero fue incapaz de emitir sonido alguno. Lo hizo con su último pensamiento...

Víctor presionó el botón del manos libres en el automóvil y dio por finalizada la conversación. Le parecía mentira que conseguir una semana libre fuese una tarea titánica para el dueño de la empresa, pero había tenido que realizar un sinfín de gestiones para conseguir que nadie se viese en la tentación de llamarlo por teléfono durante su periodo de descanso. La carretera avanzaba lentamente frente a él, contorneándose entre el terreno abrupto que recorría el exuberante Parque Natural de la Sierra Norte de Guadalajara. La nostalgia lo invadía siempre que se dirigía hacia Marduenda de la Sierra, el pequeño poblado en el que sus abuelos vivieron una vejez feliz antes de fallecer años atrás. Guardaba muy buenos recuerdos de los momentos que compartió con ellos durante sus vacaciones estivales. Aquella zona de vegetación espesa, terreno abrupto, ríos caudalosos y tan parecida a otros lugares más exóticos del norte de España lo revitalizaba y, cuando recibió la llamada que le anunció la muerte del inquilino que había ocupado la casa de sus abuelos durante los últimos tres meses, no dudó en aprovechar la coyuntura y encargarse de recoger las llaves de la morada y asegurarse de que los familiares del finado la entregaban en perfectas condiciones. En realidad, aquel trabajo era responsabilidad de alguno de sus muchos agentes a sueldo en la inmobiliaria de su propiedad, pero después de no haber disfrutado de un solo día libre en Navidades, creía que era el momento de disfrutar de un merecido descanso en el campo. Además, él era el jefe y había formado un equipo más que eficiente, capaz de resolver cualquier situación que se pudiera dar en la empresa; al menos, eso creía.

Hacía frío en el exterior, aunque la nieve no había hecho acto de presencia todavía. El pueblo se encontraba enclavado en la zona más alta de la sierra de Ayllón y, aunque ya se había acostumbrado, el paisaje era espectacular. Espesos bosques de robles centenarios, pinares frondosos, agrupaciones de hayedos y abedules en un terreno tapizado de verde regado por los ríos Jarama, Jaramilla y algunos más. La carretera trepaba esquivando la orografía abrupta hasta desembocar en un pequeño llano donde se desplegaba un racimo de viviendas construidas en piedra, madera de roble y adobe. La casa de sus abuelos se encontraba un par de kilómetros alejada del poblado y dominaba un extenso prado que descendía por la loma septentrional hasta una amplia explotación ganadera que su familia había alquilado desde la jubilación de sus abuelos. En realidad, la familia de Víctor poseía la mayoría de los terrenos de pasto de la pedanía, aunque cedían su uso a los ganaderos y pastores locales de manera gratuita.

Se detuvo frente al edificio y suspiró con nostalgia. Era un chalé de dos plantas cuadradas, construido a la usanza del resto de edificios, aunque recientemente remodelado para adecuarse a las condiciones más modernas. Era un lugar confortable y cálido, alquilado meses atrás a un jubilado solitario que pretendía escribir una novela aprovechando el tiempo del que disponía.

Víctor negó lentamente con la cabeza. El viejo se había desorientado hace unos días y un pastor encontró su cuerpo despeñado en lo más profundo de una de las gargantas de la zona. Era una lástima.

La puerta de un Volkswagen Beetle plateado se abrió y una mujer se aproximó hasta la entrada de la vivienda. Víctor se detuvo frente a ella con una sonrisa. Era una mujer corpulenta, algo más alta que él, de rostro suave con facciones bien proporcionadas y muy atractivo. Mantenía el cabello largo color castaño anudado en una coleta y se protegía del frío de la mañana con un amplio abrigo largo de plumas oscuro que la hacía parecer más voluminosa de lo que en realidad era. Tras un cordial apretón de manos, entraron en la casa para comprobar el estado del inmueble. Ella era Raquel Ranz, la nieta del fallecido.

—Lamento mucho lo que ha pasado —dijo Víctor después de la revisión rutinaria.

Era evidente que ella había limpiado y ordenado todo el mobiliario; él ni siquiera se había molestado en revisar el contrato de alquiler. Después de un golpe como el que la mujer había sufrido, su empresa podría asumir los gastos de cualquier reparación necesaria como gesto de buena voluntad.

—Muchas gracias —replicó ella con tono triste—. No tenía buena relación con mi abuelo desde que mi abuela murió hace unos años; tenía un carácter muy complicado.

—Creo que quería escribir un libro o, al menos, eso nos dijo cuando lo alquiló.

Ella se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, la verdad —replicó con un suspiro—. Mi abuelo fue periodista y me figuro que trataría de hacer lo que hacen muchos cuando se jubilan: escribir sus memorias o algo así.

Víctor tomó asiento en la mesa del comedor principal. Allí había disfrutado de un sinfín de horas de ocio junto a sus primos y sus abuelos. Evitó sonreír, ya que no quería molestarla.

—Nos haremos cargo del arreglo de la avería en las cañerías, como es lógico —dijo, ofreciéndole el documento del finiquito a Raquel—. Por lo demás, está todo perfecto. Me figuro que le devolverán la fianza al número de cuenta que indique.

Ella negó con la cabeza y su mirada se humedeció, pero logró recobrarse.

—Haga el ingreso en la cuenta de mi abuelo —dijo lentamente—. Tendré que hablar con algún abogado para tratar el tema de la herencia y demás.

—Si necesita cualquier cosa, no dude en llamarme.

Víctor extrajo una tarjeta personal de la cartera. Era una tarjeta pequeña blanca con su nombre, apellidos y número de teléfono particular. Tan solo se la entregaba a los amigos, parientes y conocidos, pero Raquel le había parecido una mujer interesante y atractiva, a pesar de ser algo corpulenta, por lo que deseaba agradarla. Ella sonrió. Se había despojado del abrigo y vestía un jersey de lana color mostaza, pantalones de pana ajustados y botas militares. Y, aunque su cuerpo no respondía a los cánones habituales de belleza al poseer algunos kilos de más, era atractiva. Un instante después, Raquel tomó un bolso pequeño de cuero y le ofreció una tarjeta. Víctor leyó en voz alta las letras que aparecían dibujadas en garabatos dorados:

—Raquel Ranz, asesora de imagen y marca.

—Víctor Ramirez, nada más —replicó ella con algo de ironía.

Parecía muy cómoda y Víctor tenía la sensación de que estaba coqueteando con él. Se sintió halagado.

—En realidad, soy el dueño de una inmobiliaria —dijo con algo de timidez—. Tuve suerte hace tiempo y monté la empresa.

—Vaya, parece que le ha ido bien —añadió Raquel con una ligera sonrisa. Su mirada se nubló ligeramente—. Creo que está todo en regla, así que, si no le importa, creo que me marcharé. Tengo mogollón de papeles que firmar y mucho trabajo pendiente.

Víctor se incorporó y trató de parecer lo más amable posible, dada la situación.

—Espero que todo se resuelva cuanto antes. ¿Puedo pedirle un favor, señor Ramirez? —dijo ella antes de levantarse.

Víctor asintió con la cabeza.

—Ocúpese de que alguien las riegue. —Señaló las plantas de media docena de tiestos—. A mi abuelo le encantaban las plantas. Sería una pena que se echaran a perder, pero en mi piso no caben más.

—Descuide, voy a pasar unos días en casa y, cuando me marche, me las llevaré a casa.

Se despidieron con un nuevo apretón de manos y Víctor contempló cómo el Escarabajo se alejaba por las laderas del pueblo.

El tiempo parecía que se había detenido en aquel lugar enclavado en la Sierra de Ayllón. Víctor caminó entre sus calles empinadas de piedra pulida y saludó a algunos vecinos que aún lo recordaba cuando correteaba por ellas siendo niño. Eran pocos habitantes, no obstante, y de edad avanzada. El pueblo había envejecido aislado del exterior y olvidado tanto por sus gentes, que habían partido de allí buscando un futuro mejor, como de los políticos, quienes no mostraban interés alguno. La escuela la habían cerrado dos años atrás por falta de alumnos, y

apenas un puñado de familias jóvenes sobrevivía en las pedanías. Una atmósfera cargada de un pesimismo gris rodeaba las casas y sus gentes como una neblina intangible. Allí, nadie parecía completamente feliz, simplemente rememoraban los tiempos pasados, que siempre fueron mucho más felices que los actuales. A Víctor le parecía un pueblo moribundo.

Hacía un frío intenso y buscó el calor reconfortante del bar del pueblo. Era un lugar de tamaño reducido y acogedor, muy similar a cualquier bar rural: un puñado de mesas vacías situadas frente a una barra de mármol desgastado, un surtido añejo de licores y bebidas expuesto en un estante más allá de la barra y un par de arcones refrigeradores. El dueño le ofreció un generoso pincho de tortilla y una taza de consomé de pollo que degustó con apetito.

—Tu eres el chaval al que le tocó la lotería —dijo el hostelero mientras se apoyaba en la barra.

Era un hombre alto y delgado, de rostro alargado y rugoso, labios gruesos y mirada azul vidriosa. Una mata de pelo raleaba en su cráneo amplio y moreno. Víctor asintió con la cabeza y evitó mirarlo. Era consciente de que había llegado hasta allí la noticia cinco años después y, quizá por ese motivo, se había negado a regresar al pueblo. Lo incomodaba que sus gentes chismorreasen de él a sus espaldas, aunque, en aquel momento, ya no le importaba lo más mínimo.

—Sí, me ha ido bien desde entonces —replicó con una sonrisa.

—Aquí, la cosa está jodida —sentenció el camarero con brusquedad—. La gente se marcha a la ciudad porque ni siquiera tenemos una carretera decente. Los críos tienen que coger un autobús y hacer veinte kilómetros para ir y volver a clase. Ni siquiera tenemos un enfermero de guardia en el ambulatorio. Este pueblo se va a la mierda y parece que a nadie le importa.

—Lo siento mucho. —Víctor depositó un billete de diez euros y el camarero lo recogió lentamente—. Ojalá todo cambie...

En realidad, no tenía nada claro qué decirle a aquel hombre, aunque este se encogió de hombros y se giró para guardar el billete en la caja registradora y extraer el cambio.

—A mí ya me da igual —dijo con fastidio—. Dentro de dos o tres años, como mucho, me jubilo y me marcharé de aquí, como hace todo el mundo. Me hago viejo y quiero tener cerca a alguien que pueda ayudarme; aquí, no tenemos nada.

La puerta se abrió y Marcos Rendilla, quien tenía alquilada la explotación ganadera en las tierras de los abuelos de Víctor, levantó una mano con una media sonrisa en el rostro. Era un hombre corpulento y de aspecto sano y jovial, rostro rotundo con mofletes rollizos, mirada franca y cabello muy corto. Vestía un largo abrigo viejo de color marrón salpicado por manchas de barro.

—Me han dicho que estabas en el bar —dijo con voz algo jovial.

Se estrecharon las manos y tomaron asiento en una de las mesas.

—Cierro la granja. —Marcos siempre había sido un hombre franco y directo—. Estoy teniendo pérdidas que ningún seguro ni La Junta quieren compensarme: dos o tres veces al mes aparecen terneros o vacas destrozadas. Las heridas no parecen de lobos y, si nadie me compensa, no me merece la pena seguir.

—¿No hay ningún seguro que te cubra el ganado muerto?

Marcos tomó la cerveza que el camarero había depositado sobre la mesa y negó con la cabeza:

—Nadie. Los peritos dicen que no son ataques de ningún bicho conocido, y me da en la nariz que piensan que soy yo el que lo hace para cobrar el seguro. Estoy hasta los cojones de aguantarlos.

—¿Los perros no te avisan? —Víctor había solicitado un café con leche y lo removió lentamente—. Joder, me imagino que esos bichos no aparecerán así como así...

—Esos bichos, o quien sea el que me está jodiendo la vida —replicó Marcos indignado—, se han cargado a dos mastines y un pastor alemán. Me quedan dos perros vivos y me los voy a llevar a mi casa de Tamajón. He apalabrado con un conocido venderle las cabezas que tengo y, con lo que saque por ellas, voy a pagar el despido de los dos chavales que tengo y marcharme

al pueblo. Me comeré las pérdidas con tal de no tener que volver a pensar en lo que está pasando.

—¿Puedo ayudarte de alguna manera? —A Víctor le entristeció la noticia. Marcos había explotado la granja durante más de diez años, a cambio de una cantidad muy baja, y lo apreciaba más allá de las pérdidas económicas, insignificantes para él.

—Como no contrates a alguien que se cargue a lo que me está arruinando, no creo que puedas hacer nada por mí.

El ganadero era un hombre duro, pero su mirada parecía desesperada.

—Mañana se van a llevar las últimas cabezas; espero que sobrevivan a esta noche. —Agitó la cerveza lentamente—. En cuanto el camión se marche, firmaré los papeles del finiquito de los chavales y les daré un talón con la indemnización. Sobre nuestro acuerdo de alquiler..., puedes hacer lo que quieras con las tierras, aunque tenga pagados los tres primeros meses. Debería haberte avisado con tiempo, lo sé, pero ya no aguanto más. Estoy trabajando todos los días para nada.

—Te devolveré el importe íntegro —intervino Víctor, tratando de reconfortarlo. Le importaba bien poco perder dinero; le dolía mucho más la pérdida humana.

Marcos sonrió ligeramente y las arrugas desaparecieron de su frente durante un instante.

—Te lo agradezco, Víctor —dijo algo más animado—. Me ayudará a asumir el palo que supone dejar todo esto. Pero llevamos un tiempo en el que cada vez se hace más difícil vivir aquí, mucho más después de los ataques. Estamos cada vez más aislados y olvidados.

—Veo complicado darle algún uso a la granja —se lamentó Víctor—. El tema económico no me hace ninguna falta, gracias a Dios, pero es el negocio de mis abuelos y siempre había querido que perdurase.

Marcos se levantó lentamente, arrastrando su asiento.

—Creo que hay un vecino que está comprando terrenos por la zona, aunque sabe que la situación no está para grandes derroches. Con lo que han sacado por sus tierras, algunos vecinos se van a pagar lo que les queda de cotización de la seguridad social hasta jubilarse. Yo lo haría, la verdad.

—¿Quién es? —Aquella situación podía ser interesante.

—No lo conoces —contestó el ganadero.

Se ajustó los pantalones y echó mano a la cartera para pagar las consumiciones, pero el camarero le informó de que la cuenta estaba pagada y se encogió de hombros.

—Lleva por los alrededores un año o así. Se llama Benito Fortea. Es un pez gordo jubilado de una de esas empresas que salen en la tele y se dedica a organizar monterías en los dos cotos de caza de la Sierra y a vivir bien. Vive fuera del pueblo, en una especie de chalet que se ha construido, al que llegas desde un caminito. Me ha comprado bastante género desde que llegó y es un muy buen cliente. Seguramente te llame, porque me pidió tu teléfono hace unos días cuando le dije que me marchaba. Lo mismo está interesado en comprarte las tierras.

—Son muchas hectáreas —replicó Víctor a modo de broma—. Y tienen un valor más sentimental que económico.

Marcos le estrechó la mano al despedirse.

—Tu verás qué haces, amigo. Aquí no hay futuro para nada...

—Ese es el chaval al que le tocó la lotería.

El viejo apuntó con un dedo nudoso a Víctor mientras acariciaba su chato de vino. La voz rasgada era firme y su mirada, aunque cargada de años y padecimientos, parecía llena de vida. El aludido sonrió con falsa complacencia y continuó devorando el plato de huevos fritos con patatas que tenía ante él. Después de haberse instalado en el chalé, había decidido dar un largo paseo alrededor del pueblo para recordar los tiempos en los que conocía de memoria aquella zona. Era un lugar áspero y abrupto, donde la niebla se abalanzó sobre él como un manto frío y húmedo arrastrada por el viento frío de la sierra. Eran las ocho de la tarde y ya la noche había desplegado sus sombras a lo largo de todo el territorio, momento en el que lo más idóneo era recogerse al calor de una buena lumbre. El bar cerraba a las nueve de la noche y, como no tenía ánimos para prepararse algo en casa, prefirió aprovechar las cualidades culinarias de la mujer del camarero en el bar. Dos lugareños de avanzada edad hablaban entre ellos empleando una extraña jerga afinada por el largo paso de los años, pero de vez en cuando lanzaban miradas esquivas hacia el forastero. El que lo había señalado se giró hacia él y su rostro arrugado y tostado por el sol sonrió levemente.

—¿También vas a vender tus tierras, chaval? Me figuro que por eso estás aquí.

Su voz sonaba áspera y tosca como las laderas de la sierra, aunque el tono poseía un cierto respeto. Víctor era considerado como un forastero, pero todos conocían y apreciaban a sus abuelos y mantenían con él una cierta cortesía.

—No lo sé —replicó, tratando de ser lo más amable posible. Le molestaba sobremanera ser conocido en el pueblo como «el chaval al que le tocó la lotería»—. Aún no he hablado con nadie.

—Hazlo, chaval —insistió el desconocido. Se acodó sobre la barra y le lanzó una mirada dura, aunque algo divertida—. Casi todos se las hemos *soltao* al de la ciudad.

—¿Cómo se llama «el de la ciudad»? —Víctor pronunció lentamente las últimas palabras, algo divertido.

El viejo sonrió de nuevo. Entornó los ojos y la mirada se le nubló un instante. Su compañero gruñó y se giró hacia el camarero, con el que comenzó a compartir confidencias ininteligibles.

—Creo que se llama Benito —replicó con un carraspeo—. No me acuerdo del apellido, eso lo lleva mi hijo, que es el que me ha ayudado con los papeles. Le he vendido todo y me marchó del pueblo en cuanto me diga mi hijo que ya tengo los cuartos en el banco.

—Me figuro que estará deseando dejar el pueblo —apuntó Víctor.

El lugareño se encogió de hombros y se le cubrió la mirada con un velo de tristeza.

—Mi familia ha *vivío* aquí *toa* la vida. —La voz parecía apenada y bajó la cabeza un instante—. Pero me hago viejo. Aquí no tenemos ni un puto médico cerca. Los vecinos somos viejos y los jóvenes se han *marchao* a la ciudad. Encima, esas alimañas están otra vez en la zona, así que es inútil seguir por aquí hasta que no se marchen, y me da a mí que se van a quedar por un buen tiempo.

—¿Qué alimañas?

Víctor se recostó en el asiento y apartó el plato vacío con un gesto de satisfacción.

—Lo sabes bien, chaval —replicó el viejo—. Te has *criao* en la *ciudad*, pero te conocemos de cuando venías en verano con tus abuelos. Sabes las historias de los Saprónos y del viejo Pascal.

—Son historias para asustar a los críos por la noche —repuso Víctor.

El viejo arrugó el rostro aún más y la mirada se le encendió.

—Eso creen los que vienen de fuera —dijo con voz más ronca—. Pero los que vivimos aquí los conocemos y hemos visto sus huellas en el campo.

—Y en las ovejas —apuntó su camarada sin girarse.

—También en el *ganao* —concedió el viejo—. Han *destrozao* a muchas vacas de Rendilla y de los pastores de la zona.

—¿Cómo sabes que han sido esas bestias y no lobos o cualquier depredador?

El viejo se encorvó ligeramente y levantó el mismo dedo con el que lo había señalado antes de reprocharle con aspereza:

—Porque todos sabemos cómo son las heridas de los lobos, chaval. Esas heridas no son ni de lobos, ni de zorros ni de cualquier bicho que conozcamos de la zona.

—Los Saprónos atacan de nuevo —dijo Víctor algo divertido.

—Tú riéte, chaval —reprochó el viejo, manteniendo el dedo en lo alto—, pero entre eso y que los políticos no quieren saber nada de nosotros, no merece la pena vivir por aquí. Yo me marchó a la *ciudad* con mi hijo y mi pensión.

—Y yo —añadió su compadre.

Víctor se cruzó de brazos en silencio. Al parecer, todo el mundo se marchaba del pueblo como si en verdad los Saprónos estuvieran acechando por los alrededores. Sintió una honda tristeza ante el desamparo que sentía aquella gente. Quizá, las leyendas los ayudaban a tomar una decisión muy difícil, puesto que dejar atrás el lugar en el que su familia había echado raíces debía provocarles un gran dolor; comprendió la desesperación de aquella gente que había decidido dejar de luchar por su tierra. Pensó en el tal Benito y sus intenciones de adquirir las tierras de la zona y entendió perfectamente que, quizá, la casual aparición de huellas y marcas en el ganado similares a las de los Saprónos lo ayudaban a convencer a los propietarios para que vendiesen sus tierras con más facilidad.

¿Quid prodest? Aquella expresión le había surgido en sus pensamientos de inmediato. ¿Quién se beneficiaba de todo eso?

Sin lugar a dudas, ese tal Benito.

La noche parecía más oscura atrapada por el manto de la niebla. La temperatura había descendido notablemente y Víctor se cerró la chaqueta mientras regresaba a su casa, situada a dos kilómetros de la calle principal del pueblo. Conocía la zona perfectamente y, aunque la visión se reducía a unos cuantos metros a su alrededor, no encontró ningún problema en seguir el camino correcto. El viento soplaba ligeramente y los sonidos de la noche hacían del lugar un escenario sobrecogedor para quien no estuviese acostumbrado a él. Víctor se sentía incómodo, no obstante, y creía ver entre la niebla algunas figuras entreveradas en las ruinas y cascotes de las casamatas abandonadas. Quizá, su imaginación estaba creando ilusiones a su alrededor, pero, al cabo de un centenar de metros, escuchó el chasquido de ramas y contuvo el aliento, puesto que estaba seguro de que alguien se encontraba no muy lejos de él. Apretó el paso, con todos sus sentidos alerta. El corazón le palpitaba con fuerza en el pecho y tenía el estómago entumecido por la cena pesada y el ritmo de la caminata, de manera que, cuando llegó a su casa, visitó el cuarto de baño para desalojarlo todo. Tras encender la calefacción, se lavó la cara con el agua gélida y se cambió de ropa.

Se dejó caer en el sofá y comprobó que su teléfono de empresa tenía acumuladas más de veinte llamadas perdidas. Lo apagó con un suspiro de desesperación: había reservado una semana para descansar y olvidarse del ritmo frenético de la empresa, pero los empleados no parecían comprenderlo, a pesar de que él los creía completamente capaces de llevar la empresa en su ausencia. Tendría que hacer cambios cuando regresase, porque aquella necesidad de contactar con él para cualquier asunto le comenzaba a carcomer los nervios, y no tenía ninguna necesidad de sufrir de aquella manera. Ya había ganado el dinero suficiente como para disfrutar de un largo y merecido retiro durante toda su vida, así que tenía que poner orden nada más regresar a la civilización.

Cerró los ojos. La planta baja del chalé constaba de un amplio salón con chimenea y acceso a una terraza ajardinada, cocina muy bien equipada, un despacho, un cuarto de baño y una despensa. La primera planta distribuía tres cómodas habitaciones y otro cuarto de baño más y, en la planta superior, el diáfano ático albergaba todos los enseres que sus abuelos había podido acumular, además del depósito de agua potable por si sufrían alguna avería en el suministro, algo muy habitual en aquella zona debido a las frecuentes heladas. Tendría que llamar a una

empresa de fontanería para localizar la avería actual, pero se figuraba que alguna cañería habría reventado. Podía esperar hasta el lunes, claro.

Tomó aire, mucho más tranquilo. Se había olvidado del viejo sótano. Era un refugio excavado durante la guerra por sus bisabuelos, al que se accedía por una trampilla situada en el despacho de la planta baja. No lo había revisado y, en verdad, dudaba mucho de que el antiguo inquilino de la casa lo hubiese descubierto, pero decidió echarle un vistazo. Se incorporó lentamente y caminó hasta el despacho, donde una alfombra mullida ocultaba la trampilla. La apartó con delicadeza y, tras abrir la portezuela, descendió los primeros peldaños iluminado por la luz de la lámpara del despacho. Tanteó en la pared de la derecha y localizó el interruptor. Funcionó perfectamente y las lámparas de luz alógena iluminaron el sótano con su resplandor pálido. Entonces, Víctor se llevó las manos a la cabeza, sorprendido, ya que el lugar parecía el despacho de trabajo de un investigador, más que de un jubilado: numerosas fotografías pegadas en las paredes, papeles acumulados en las dos mesas de trabajo, planos y mapas de la zona con anotaciones a mano...

—Pero ¿en qué coño estaba trabajando este hombre? —se preguntó en voz baja mientras comenzaba a revisar el lugar.

Dos horas después, ascendió por las escaleras y regresó a la primera planta con una idea muy clara de lo que Manuel Canales tenía entre manos: la leyenda de Pascal y los Saproños...

Había fotografías de los lugares en los que había aparecido el ganado destrozado con las marcas de animales desconocidos, impresiones de las huellas analizadas biomecánicamente con informes de especialistas en biología, análisis de la sangre de las reses atacadas por aquellos animales extraños, mapas detallados de la comarca marcados con cada ataque e interconectados con sendas líneas como si tratase de encontrar un patrón o una zona de caza. Numerosos libros de folclore y mitología rural se encontraban desparramados sobre las mesas de trabajo, anotados con una caligrafía confusa; una guía de geología española también apareció entre las mesas con un buen puñado de apuntes. ¿Había encontrado aquel misterio por casualidad o, en realidad, el periodista que aún habitaba en el jubilado lo había llevado a viajar hasta allí para investigar el caso? Fuera lo que fuese, no había encontrado ni una máquina de escribir ni un ordenador con el que el viejo pudiera ir plasmando sus investigaciones, pero era más que evidente que guardaría sus avances en algún formato. ¿Quizá se lo había llevado su nieta?

Pero eran demasiadas preguntas y Víctor se encontraba muy fatigado, así que se acostó en el cuarto pequeño que siempre había ocupado cuando visitaba a sus abuelos y que mantenía intacto desde entonces. Aquel bálsamo lo ayudó a olvidarse de los últimos acontecimientos y logró conciliar el sueño durante unas pocas horas. Pronto, su descanso se pobló con extraños seres, dientes antinaturales y ermitaños de aspecto desgarrado que lo perseguían a través de un terreno envuelto en nieblas azuladas. La imagen del viejo periodista investigando y la del cadáver localizado en el fondo de una de las gargantas del valle lo acosaron como recuerdos vívidos de que algo le había provocado aquel mal. El sueño fue efímero, incómodo y nada reparador.

Desayunó muy temprano en el bar del pueblo. Mostraba un aspecto desmejorado después de la noche agitada y fue la mujer del dueño del bar quien le atendió, ya que su marido había bajado a la ciudad a comprar suministros. Esta era una mujer menuda de mirada inteligente y decidida, cabello largo gris y piel con menos arrugas de lo que su edad podría indicar. No se mostró muy habladora y Víctor observó en ella un poso de amargura y tristeza muy común en los habitantes del pueblo.

Poco después, caminó a paso rápido a través de las praderas aledañas, atravesó un terreno algo pronunciado y descendió por una pequeña cañada que lo condujo hasta una ladera donde pastaba un puñado de ovejas. Aquel era uno de los puntos señalados en los mapas del sótano. El rebaño era de tamaño muy reducido, apenas dos docenas de cabezas vigiladas por dos perros de raza mestiza ágiles y de mirada inteligente, que acudieron a él olisqueándole los tobillos y agitando la cola. Un tipo pequeño, de piel morena tostada por el sol y vestido con ropas viejas y deslustradas agitó su bastón de madera y los cánidos acudieron a él, solícitos.

—Es *usté* el chaval de la lotería —dijo el pastor a modo de bienvenida mientras se aproximaba a él.

Su mirada era intensa y el tono de voz mostraba más conocimiento del que sus modales podrían revelar. Sonrió y mostró una dentadura rota y sucia, enmarcada por una barba de varios días. Víctor suspiró con paciencia al comprender que no lograría apartar de él el sambenito de la dichosa lotería.

—El mismo —respondió con gesto amable—. He venido a poner en orden el tema de la casa que le alquilé a don Manuel.

—Una pena lo de ese hombre —se lamentó el pastor, frunciendo los labios—. La niebla es muy traicionera en estos parajes, como usted bien sabe.

—Sí, así es. Pero me consta que don Manuel había explorado la zona ya anteriormente y me extraña que no hubiera visto las rocas del desfiladero.

—Un accidente muy jodido. —El pastor se giró para echar un vistazo al rebaño. La mañana era gris y un grueso capote de nubes proyectaba una luz cenicienta. El viento soplaba con algo de fuerza y el frío era intenso—. Ese viejo era un tipo interesante.

—¿Usted lo conocía?

—Sí, señor, aquí nos conocemos todos.

—Usted es Emilio, ¿verdad? —dijo Víctor, como si quisiera comprobar su identidad.

El aludido sonrió y volvió a mostrar su dentadura demacrada con orgullo.

—Sí, señor —escupió a un lado y se aclaró la garganta—, el mismo. Llevo más de cincuenta años por estos pastos. Sé quién es *usté* y conocía a sus abuelos. Eran buena gente también.

—En este pueblo todo el mundo es buena gente —añadió Víctor con una media sonrisa. Recorrió el lugar con la mirada, guardando un instante de silencio—. Pero veo que usted ha tenido momentos mejores...

El pastor se giró y se encogió de hombros.

—Son tiempos *jodíos*, chaval —replicó con algo de tristeza—. Las alimañas nos están jodiendo vivos.

—Y lo que no son alimañas.

Emilio se giró y ocultó una mirada turbada.

—Eso parece —dijo en voz más baja—. Parece que vienen tiempos peores.

—¿Sabe usted qué es lo que ha atacado a las vacas de Marcos?

El pastor agitó el bastón y los perros se giraron hacia él. Los balidos de las ovejas respondieron al movimiento que sus guardianes realizaron, agrupando el grupo.

—Todos sabemos qué ha pasado con las vacas de Emilio y con algunas de mis ovejas —replicó al fin con un tono cargado de fastidio—. ¿O es que se piensa que me gusta tener tan pocas ovejas? Llegué a tener más de cien cabezas. Eso, ahora, es imposible.

—¿Y por qué es imposible?

Ambos caminaron durante un trecho hasta detenerse en un pequeño promontorio desde donde era posible vigilar al ganado. El pastor volvió a escupir.

—Porque me hago viejo, chaval, y porque en mi establo caben pocas ovejas. No puedo protegerlas a *toas*.

—¿De qué no puede protegerlas?

Emilio agitó los labios muy incómodo y desvió la mirada.

—No me haga hablar de ellos, joder.

—No quiere hablar de los Sapronos..., ¿verdad?

El pastor guardó un largo momento de silencio. Se mantenía girado, con la mirada fija en su ganado, pero en realidad no parecía muy pendiente.

—Han vuelto y no se van a ir —dijo, al cabo, con un crujido de voz—. Esas bestias están de nuevo por estas tierras y toca esperar a que se vuelvan a marchar.

—¿Por qué no se organiza una batida de caza? —inquirió Víctor—. Yo mismo me apuntaría, aunque hace mucho tiempo que no cazo.

El pastor se giró y su mirada se encendió.

—¿Quién va a convencer a los cazadores para organizar una batida contra unos bichos de cuento? —se burló con gesto hosco—. Son señoritos de ciudad, acostumbrados a tirar a corzos y otros bichos, no a rastrear Sapronos. Seguro que se descojonarían de usted si se lo propusiese...

—Sea lo que sea, se está comiendo vuestro ganado —se defendió Víctor—. A mí, dentro de lo que cabe, me da igual, porque volveré a la ciudad y tardaré un buen tiempo en volver al pueblo. Pero vosotros sois los que tenéis que aguantar las pérdidas...

—No por mucho tiempo —replicó el pastor, con la voz algo quebrada—. Los vecinos están vendiendo sus casas y pronto me quedará solo. Son malos tiempos y esta jodida crisis no nos ayuda nada.

—Cualquiera pensaría que estáis huyendo de algo...

El pastor volvió a mirar a Víctor. Sus ojillos brillaban de nuevo y su voz se mostró mucho más dura y firme:

—Mire, chaval, le diría algunas cosas de lo que tendría que saber antes de hablar así. —Agitó el bastón y los perros alzaron las cabezas una vez más, solícitos—. No tiene ni puta idea de lo que se cuece en estos pastos y lo mejor que puede hacer, efectivamente, es marcharse de nuevo a comprar lotería. Yo me quedaré aquí con mis ovejas y las defenderé con lo que tenga si hace falta. Puede reírse de mí por pensar que existen los Patronos y que han vuelto a merodear por estas tierras, pero me da igual. Yo sé defenderme y, gracias a eso, he conseguido que no se coman a mi rebaño, no como Marcos, que tiene que irse con la cabeza agachada como un perro. A los Sapronos hay que respetarlos.

—¿Respetarlos? —preguntó Víctor, sorprendido.

—Sí, señor, respetarlos. —La voz del pastor cobró mayor dureza y sus ojillos brillaron aún más—. Buscan comida, como cualquier alimaña, y si dejas a tu ganado pastar fuera de los establos, lo más normal es que se lo coman, aunque tengas una manada de perros para protegerlo.

Escupió una vez más.

—Su amigo Marcos quiso crecer más de lo que podía y lo ha pagado muy caro. Los Sapronos han aprovechado que tenían carne fresca a mano.

—Pero usted sabe que las vacas de Marcos no caben en los establos —replicó Víctor—. Siempre han pastado en cierta libertad...

—Pues entonces, que no se queje cuando las alimañas...

El pastor no terminó la frase. Se giró y volvió a escupir una vez más.

—No voy a discutir más con un forastero —dijo con algo más de serenidad—. Marcos y yo hemos tenido problemas, pero eso ya es agua pasada. Los Sapronos y otras alimañas nos han

hecho daño, pero yo no he ido llorando por todas partes para conseguir que alguien me indemnice. Lo que está consiguiendo es que todo el mundo se marche del pueblo por su culpa.

—¿Por su culpa? —preguntó de nuevo Víctor, más molesto todavía. No comprendía aquella inquina del pastor hacia Marcos.

—Sí, señor, por su culpa —contestó el pastor con tosquedad—. Está consiguiendo que todo el mundo se vaya por culpa de sus quejas sobre los Saprinos, en lugar de callarse y apretar el culo como hacemos los demás. Nadie le va a pagar las vacas muertas.

—Pero está en su derecho...

—Mire, señorito de ciudad. —El pastor se alejó unos pasos y agitó las manos con frustración—. Márchese ya de una puta vez. A usted le da igual que no haya vecinos que me compren la leche ni la carne de mis ovejas. Por culpa de Marcos, voy a tener que marcharme yo también, porque no ganaré ni para comprarme unos zapatos nuevos. Yo tengo un rebaño pequeño aunque suficiente para ir tirando, pero si los vecinos se marchan, ya me dirá usted de qué coño voy a vivir yo. Es la avaricia de Marcos la que está jodiéndonos a todos. ¿Que pierde una vaca? Pues es muy fácil: mételas en los establos. Si haces eso, los Saprinos te dejarán en paz y se buscarán otra pieza para comérsela. Cuando se cansen, se irán de estas tierras como ya ha pasado antes. Pero si dejas toda esa carne suelta, no se marcharán nunca y espantarán a la gente como moscas.

Se alejó con un gesto brusco en dirección al rebaño. Víctor había olvidado los viejos recelos y las tensiones que marcan la convivencia en los pequeños pueblos de la comarca. Desde luego, la competencia entre el pastor y Marcos había avivado mucho esa enemistad. El pastor era un tipo obstinado y cabezota, duro como la tierra en la que había vivido durante tanto tiempo, y era lógico que la situación lo sobrepasaba.

Era muy evidente que el viejo creía en los Saprinos y que todo aquello no lo beneficiaba en absoluto. Se lo había dejado muy claro.

Comió en casa, ya que tampoco creía oportuno abusar de la comida del bar. Necesitaba reflexionar sobre lo que había descubierto recientemente y, además, no quería que la comida que había traído se echara a perder. Fue un almuerzo ligero, compuesto por una ensalada y unos filetes de ternera a la plancha; tras una mañana de campo muy intensa, no le apetecía atiborrarse. Se había servido una taza de café cuando sonó el timbre de la puerta. El tipo conocido por Benito apareció en el dintel de la puerta. Era un hombre alto y corpulento de mediana edad, piel morena bien cuidada, cabello oscuro muy corto, rostro bien afeitado —ligeramente ovalado pero agradable— y ademanes educados. Vestía un jersey verde muy caro, pantalones de pana a juego, botas de marca y un abrigo de plumas acolchado oscuro.

—Soy Benito Fortea —dijo mostrando una sonrisa bien cuidada—, y me gustaría poder hablar con usted, si no es mucha molestia.

Víctor se hizo a un lado y lo invitó a entrar con un ademán de la mano. El recién llegado aceptó una taza de café solo y ambos tomaron asiento junto a la mesa del salón.

—No creo que haga falta que le diga lo que he venido a ofrecerle —dijo sin rodeos. Parecía un tipo firme y con las ideas muy claras.

Víctor asintió con la cabeza lentamente y luego bebió un sorbo de café. Benito parecía incómodo.

—Mire... —dudó un instante, pero luego su voz cobró más firmeza—, no quiero que piense que me estoy aprovechando de esta buena gente.

—Eso es exactamente lo que creo —replicó Víctor con dureza.

La mirada del invitado se alejó un instante de la mesa. Suspiró lentamente y volvió a hablar:

—He ofrecido muy buenos precios a los vecinos e incluso les he dado la posibilidad de quedarse en el pueblo trabajando para mí.

—¿Y qué harían para ti?

En este caso, la mirada de Benito se afinó y su rostro se arrugó ligeramente.

—Quiero montar un complejo de casas rurales en esta zona —prosiguió—. Este es un sitio espectacular, y a menos de una hora de camino de Madrid. Quiero revitalizar la zona con lo único que puede hacerlo: el turismo. Y, para eso, necesito que la gente no se marche del pueblo.

—Pues parece que están huyendo en desbandada...

Benito bebió un nuevo sorbo de café.

—Tengo una agencia de viajes bastante importante con unas cuantas sucursales en todo el país —prosiguió, después de limpiarse los labios con una servilleta de papel—. Estoy seguro de que esta zona es un diamante que puede revitalizar la economía de la comarca. Los turistas que vendrán aquí van a ayudar a evitar el problema de la España vaciada...

—¿Y cómo lo hará?

Víctor no confiaba en absoluto en aquel tiburón de ciudad. De pronto, lo observaba con el mismo recelo que el pastor le había obsequiado a él mismo esa mañana.

—Voy a crear un puesto de atención médica privada en el pueblo y mejoraré, pagándolo de mi bolsillo, muchos accesos y casas del pueblo.

La idea no era nada mala, ciertamente.

—Me figuro que se traerá a alguien que pueda llevar el bar —apuntó con algo de ironía.

—Ese es un asunto del alcalde. Como se imaginará, está por la labor de ayudar a revitalizar el pueblo.

«Posiblemente, lo hayas untado para que te deje hacer lo que te dé la gana», pensó Víctor.

—Cuando tenga todo el proyecto montado, no dude en que se lo expondré. —Benito parecía incómodo—. El caso es que me interesan sus tierras y me gustaría poder hacerle una oferta por ellas.

La familia de Víctor había adquirido una gran cantidad de fincas, terrenos y viviendas en toda la comarca y, aunque muchas de las propiedades destinadas al pasto las cedía de manera gratuita, poseía algunas casas que necesitaban una seria rehabilitación.

—Bueno, hágame una oferta y me lo pensaré.

Benito extrajo una tarjeta personal rectangular y escribió una cifra al dorso. Víctor observó las letras escritas con tinta dorada en las que aparecía su nombre, apellidos y teléfono, y luego echó un vistazo a la cifra que había escrito. La depositó sobre la mesa con tranquilidad.

—Gracias por el ofrecimiento —dijo lentamente—, pero necesito pensármelo. Voy a estar unos días en el pueblo, descansando, así que no dude en que lo llamaré para darle mi respuesta.

Benito se incorporó lentamente y tomó el abrigo, que había depositado sobre una de las sillas del salón.

—Yo me he instalado en un pequeño chalet del pueblo —dijo con una nueva sonrisa—, así que, cuando quiera, podremos vernos y le explico con más detalle cuál es mi propuesta. Créame, no he venido a aprovecharme de esta gente.

Estrecharon las manos con firmeza y el invitado se marchó. Una vez a solas, Víctor volvió a consultar la cifra escrita en la tarjeta y la guardó en uno de los cajones de la repisa del salón.

Sin duda, era una muy buena oferta... y la iba a aceptar.

El paraje se ofrecía ante él exuberante de vida y vegetación. Caminaba con la mirada atenta a los detalles que se ofrecían a su alrededor mientras consultaba en su teléfono la fotografía del plano que el viejo periodista había señalado en el sótano. Víctor conocía bien aquella zona en la que los tonos verdes y ocres marcaban un paisaje espléndido y del que sus habitantes se mostraban muy orgullosos. Atravesaba un espeso robledal y, más allá de sus copas esqueléticas, los picos de las montañas que conformaban el valle se elevaban ante él, altivos como murallas de antaño. El aire era frío y la luz comenzaba a menguar, filtrada por el grueso manto de nubes que encapotaban el cielo amenazando tormenta. Se detuvo en el pequeño claro desde donde era posible divisar la garganta en la que el desgraciado periodista había perdido la vida. Estudió el suelo con atención, pero no extrajo ninguna conclusión. Había llegado hasta allí realizando un amplio rodeo con el propósito de evitar ser visto por el pastor, quien vigilaba a sus ovejas en una pequeña extensión de terreno no muy lejana al lugar de los hechos.

Tomó asiento sobre una piedra tapizada de musgo mientras devoraba un par de barritas energéticas. La actitud del pastor lo había intimidado, ciertamente, pero ahora que se encontraba rodeado de aquel magnífico paisaje, se cuestionaba sobre si el terreno en el que pastaba su rebaño era el ideal. Había lugares mucho más accesibles y de pastos más suculentos que aquella zona, cuyo terreno muy irregular y poco diáfano suponía una complicación para conducir a las ovejas. Aquella parcela pertenecía a su familia desde mucho tiempo atrás y, no muy lejos, se encontraba una mina abandonada de oro que supuso el motivo por el que su familia había logrado una situación económica muy acomodada. Pero la llegada de la gripe española esquilmó aquella zona de trabajadores y, al parecer, la veta de oro había dejado de ser productiva, por lo que cayó en el olvido. Alzó la mirada para calcular el tiempo que le quedaba de luz y determinó que podría visitar la mina antes de que comenzase a declinar la tarde. La ascensión era empinada y no era nada sencilla, pero había accedido hasta allí en muchas ocasiones junto a su padre y a su abuelo; la conocía perfectamente.

Una hora después, se detuvo junto al arroyuelo en cuya ladera se alzaba la boca de la mina. Observó extrañado que el suelo había sido pisoteado por multitud de pisadas e, incluso, pudo distinguir las huellas de neumáticos. Era imposible llegar hasta allí en coche, pero sí que podía accederse en motocicletas de campo. La entrada a la mina había sido despejada y observó algunas colillas de cigarrillo apagadas contra las piedras de la entrada. El lugar era magnífico: una boca de piedra con tonos ocres, dorados y parduscos que se abría en una ladera frondosa. A Víctor le encantaba aquella zona. Entró en la galería principal, iluminado por la aplicación de linterna de su móvil, y comprobó que alguien había trabajado en el interior, posiblemente realizando alguna cata de mineral. Avanzó lentamente, aunque conocía las dos galerías de memoria, hasta que se detuvo en una boca pequeña que no recordaba. Era evidente que había

sido excavada recientemente, y caminó algunos metros con mucha cautela. Iluminó las paredes con la luz artificial y observó unas tonalidades muy diferentes a las del resto de la mina. El viento ululaba en el exterior y aquella oquedad y el silencio en el interior de la gruta era ominoso y opresivo. Tomó una de las piedras que se habían desprendido de la pared y la contempló a la luz del teléfono, pero era un acto inútil, ya que él no era geólogo. La guardó en la mochila junto a una muestra muy amplia de los pequeños peñascos y piedras que localizó en el suelo.

Tenía la firme sospecha de que alguien había estudiado la viabilidad de la mina e, inmediatamente, receló de las intenciones de Benito Fortea con sus generosas ofertas. ¿Sería rentable explotar la mina en aquellas circunstancias?

Accedió al exterior y comprobó con cierto disgusto que se había demorado demasiado tiempo en el interior de la mina. Tras beber un largo trago de su cantimplora, afianzó la pesada mochila y apretó el paso en dirección al pueblo. El trayecto no revelaba gran dificultad a la luz de día y, aunque había recorrido aquella senda en multitud de ocasiones, era un camino largo y la carencia de luz amenazaba con desorientarlo. Pero, a medida que avanzaba, su corazón se comenzaba a acelerar al escuchar pisadas cercanas y, aunque fue incapaz de descubrir ninguna figura humana, tenía la sospecha de que alguien acechaba muy cerca de él. Apretó el paso y se detuvo en un par de ocasiones para reponer líquidos y devorar la última chocolatina. La noche alargaba las sombras a su alrededor y la oscuridad se había extendido sobre él cuando divisó las luces del pueblo en la lejanía. Tenía ya la certeza de que alguien lo vigilaba y aceleró el ritmo de la caminata hasta llegar a su casa con los nervios a flor de piel y el corazón latiendo con furia. Tras una ducha reparadora, cenó con apetito y se dejó caer en el sofá extremadamente fatigado. Pero, tras unos minutos, volvió a abrir los ojos conteniendo el aliento.

Había alguien ahí fuera.

Lo sabía. Había escuchado un extraño jadeo muy similar al de un perro y pisadas cautelosas. Gozaba de un excelente sentido del oído y este le había advertido de la amenaza en el exterior. Se abalanzó sobre las ventanas y pudo distinguir con claridad una figura similar a la de un hombre extremadamente alto y de miembros finos y alargados. Un gruñido junto a la puerta llamó su atención y, tras bajar las persianas de toda la planta baja, bloqueó la puerta con la mesa del salón, provocando un notable estrépito. Sudaba de nuevo, el corazón latía con fuerza y jadeaba atento a cualquier sonido que revelase más amenazas a su alrededor. Ascendió por las escaleras a la carrera para bloquear todas las ventanas del piso superior y, tras regresar a la planta baja, se mantuvo inmóvil en el centro del salón, sujetando con firmeza un gran cuchillo que había encontrado en los cajones de la cocina. A los pocos minutos, caminó lentamente hacia una de las ventanas con todos los músculos en tensión y tratando de controlar la respiración.

Algo golpeó la puerta de entrada. Fue un golpe seco, acompañado por un rasguído que le provocó un escalofrío. Le tembló el labio inferior al recordar las imágenes de Pascal y los Saprónos, muy similares a la figura que había visto en el exterior. ¿Era acaso un Sapróno aquella figura alargada?

Negó con la cabeza y una gota de sudor le recorrió la barbilla hasta desprenderse con rapidez. Eran historias de niños, contadas por los viejos para asustarlos. Aquello era un sinsentido y, sin duda, las palabras del pastor le habían alterado los nervios. Pero algo había golpeado la puerta y nadie podría acudir en su ayuda, ya que se encontraba algo alejado del pueblo. ¿Podría llamar a la Guardia Civil? Esbozó una fría sonrisa al imaginar las palabras que le diría a la operadora:

—Mande una patrulla, que me comen los monstruos.

Aquel pensamiento lo tranquilizó. Observó que le temblaba el pulso, así que se dirigió lentamente hasta la cocina para devolver el arma a su cajón. Se encontraba muy fatigado y le pesaban las piernas. Sentía el estómago muy pesado y comenzó a sentir unos violentos espasmos que lo condujeron hasta el cuarto de baño, pero vomitó en el pasillo con violencia. Respiraba con agitación y continuaba sudando como si se encontrase en una sauna. Sentía una sed implacable, pero se escurrió con el líquido que había expulsado y cayó al suelo, arrastrando una pequeña mesa a la que había tratado de asirse; se golpeó la cabeza contra el suelo.

Sentía frío y le pesaban las piernas y los brazos, pero, al menos, parecía que conseguía mantener el ritmo de su respiración. El corazón latía con menos violencia y parecía que el cansancio le cerraba los ojos.

Decidió dejarse llevar y aquellas figuras aterradoras regresaron en sus sueños conducidas por una figura encorvada de ojos malignos que portaba el bastón del pastor Emilio. Alzó una mano y las sombras bailaron a su alrededor manteniendo aquel fuego verdoso y espectral de sus miradas clavado en el pensamiento de Víctor. Y él era incapaz de hacerles frente, ya que tanto sus manos como sus piernas se encontraban apresadas por unas raíces surgidas de los brazos de los Sapronos.

Ni siquiera logró gritar.

¿Qué te ha parecido lo que has leído hasta ahora? ¿Te apetece acompañar a Víctor en su aventura frente a Los Saprónos? A partir de aquí la cosa se pone muy pero que muy interesante.

Si te apetece seguir leyendo, puedes encontrar la novela en diferentes formatos: papel o Kindle, te dejo los enlaces a continuación:

Consíguelo en papel en mi web [aquí](#)

Consíguelo en Amazon (tapa blanda o Kindle) [aquí](#)